

# El Beato Enrique de Ossó, hombre de corazón

(1840-1896)

El vinebrense Enrique de Ossó, de especial actualidad tras su beatificación hace sólo meses por el Papa Wojtyła (14, oct., 1979) no fue hijo de Tortosa, como mosalén Sol, pero, al igual que él y que la reuense Beata Rosa María Molas, vivió y trabajó tanto en Tortosa (vivió los 14 años hasta la muerte) y repartió tantísima Tortosa por toda España y por medio mundo, que lo tortosinos hemos de saberlo. No ocurre que él hizo conocer Tortosa y Tortosa le desconozca a él. Aún me escuece el tiro a bocarro que horas antes de la beatificación me disparó en Italia Simone da Valsanzibio, autor allí de varias obras sobre Ossó, al punto que me supo tortosino: "Los tortosinos, ¿ya conocéis más a Ossó?". El Alcalde de Tortosa estuvo muy en su sitio en Roma aquel día. También el Beato en el programa de fiestas de Tortosa este año.

Sobrarían temas para ello, porque precisamente el Beato Ossó es un diamante de muchas facetas por su rica personalidad. Aparte el tema arriba indicado, su tortosinismo y su irradiación, o "propaganda", extraordinaria de Tortosa a través de su predicación, fundaciones y publicaciones, que esperamos tratar en otra parte estos mismos días de las Fiestas de la ciudad. Aparte el de la exposición de las virtudes cristianas heroicas del Beato, que es valor axial en todo Beato y Santo de la Iglesia Católica, pero menos indicado, si se quiere, para estas páginas. Está, por ejemplo, su faceta de publicista seguramente con más ediciones que ningún otro tortosino de la historia (más de 100 ediciones; sólo uno de sus libros, más de 50, algunas de ellas en el extranjero, un "best-seller" sin ser novela). La de periodista, habiendo sido redactor de editoriales de un semanario local suprimido por la Revolución del 68, y fundador y director por más de 24 años, o sea, hasta su muerte, de una revista mensual nacional. La de su capacidad para las Ciencias, que enseñó en el Seminario y que le hizo sustituto en Barcelona del cèlebre químico Arbós y creador probable en nuestra ciudad de un Gabinete de Física destruido en el 36. La de su casta pedagógica y catequista, valorada por el Prof. García Hoz y por alguna tesis doctoral, y por el propio Juan Pablo II en la homilía de la beatificación, y que es patente en APUNTES DE PEDAGOGÍA, GUÍA PRACTICA DEL CATEQUISTA, CATECISMO DE DIRECTORAS, PLAN DE ESTUDIOS, etc. La de su sitio en el catolicismo español del XIX, aun deformado por el historiador inglés Raymond Carr en su larga página sobre Ossó. La de su intensa catalanidad, flor gemela de su españolidad, en su talento poético, en su amor tal vez el más romántico que haya existido a la Virgen de Montserrat, en su contacto con el "català universal" Gaudí, obteniendo de él una de sus obras hoy internacionalmente conocidas, y, según tienden a opinar Bergós, Ràfols, Collins y Martí-nell, influyéndole espiritualmente; y en sus relaciones con catalanes como Morgades, el obispo del gran museo de Vif y del millenario de Ripoll, el Cardenal Casañas, el poeta Verdaguas, los periodistas Collet y Sarda. Su favor al arte tortosino en Felipe Pedrell, que para el movimiento apostólico del Beato compuso varias piezas musicales, y en el patriarca de los Cerveto y de A. Querol, Ramón Cerveto, que no daba abasto a la demanda por el Beato de grandes y pequeñas tallas religiosas (también en "Zolzer", M. Marqués, A. Cerveto, etc.).

Ahora bien, salvando la tentación de tantos y tan periodísticos temas y otros similares, y aun sabiendo que no podré aquí desarrollarlo, me quiero permitir una llamada sobre el tema del humanísimo corazón del Beato Ossó, menos conocido que otros valores suyos. Entiendo aquí por "corazón" bondad, autodonación, caridad y compasión, benignidad y dulzura, amor en definitiva. Por esta vez, no su amor, máximo y básico, a Dios, sino su amor a los hombres y en particular a los necesitados (no



desconectado de aquí y fruto de inclinación natural sobrenaturalmente cultivada). Confieso que me impresionó muchísimo este valor del corazón del Beato cuando lo descubrí, y que con los días ha ido aumentando mi admiración por él. Y no, claro está, porque haya de extrañar la bondad en los santos, que precisamente sin ella no lo serían. Sino porque me la habían tapado en exceso –y lo mismo podría ocurrirles a otros–, ciertos aspectos de su rica personalidad aparentemente antagónicos o extraños a aquella. Sobre todo, su excepcionalidad como hombre de carácter ("de hierro") lo calificó su amigo por más de cuarenta años y primer biógrafo, Altés), como hombre de acción, animación y organización, a juicio de cuantos le conocieron bien, y como duro y "letal" conseren" (Juan Cabernet, S. J.) en los pleitos que no dudó mantener a raíz de ciertas decisiones de su autoridad eclesiástica dico-

cosans, pleitos para defender "mi libertad de acción". Hay que tener en cuenta que en los grandes espíritus caben paradojas y complementariedades de aspectos, y que Ossó fue un gran espíritu (a juicio de un contemporáneo suyo jesuita, de los que se producen en la Iglesia uno cada cien años), y que, al igual que fue idealista y realista, efusivo y reservado, romántico y sobrio, trepidante de dinamismo y solitario orante, desafiante y de grandes perspectivas, pudo ser y fue cabeza y corazón, calculador y amoroso, fuerte y suave.

En un estudio a fondo del corazón del Bto. Enrique de Ossó, aquí imposible, no faltarían un prólogo y una serie de determinados capítulos. Un prólogo sobre sus virtudes de humildad, paciencia, etc., enterrada infraestructura, escondidas raíces del amor que socialmente le caracterizó. El capítulo de su pasión y especialización casi desde niño precisamente por dos de los santos más humanos, por dos de los corazones más amorosos y amables de la Iglesia, Santa Teresa de Jesús y San Francisco de Sales (a los 13 años ya utilizaba obras de la primera y a los 15 ya tenía extractadas todas las del segundo). El capítulo importantísimo del amor concebido por Ossó como alma de todo el sistema pedagógico y de formación espiritual y de apostolado: cientos y cientos de citas suyas meridanas al respecto constituirían una lluvia serenate sobre el lector y estudiosos del atormentado siglo XX y, a otro nivel, un paralelo de AMOR Y PEDAGOGÍA de Miquel de Unamuno. El capítulo del amor a los humildes (pequeño, niños, pobres). Su cruz de los pleitos fue por no delegarse ante la voluntad de una poderosa señora. Su delirio en una enfermedad grave, los niños de sus escuelas. A los 14 años ya había cambiado su vestido con los harapos de un pordiosero caminante, y le había dicho a su padre que repartiese a los pobres su herencia filial y a su tía María que "fuese amiga de los pobres y les fuese lástima" y que "si avería de los ricos no es más que una pobreza miserable". De seminarista en Tortosa visitaba y socorría a los pobres y de sacerdote no tenía sino "vestidos gastados y zurcidos" y un par de zapatos. Y otros capítulos... Y un colofón: en la peste de cólera de 1884-85 escribió a sus religiosas: "Si me preguntáis qué dice vuestro Padre, os diré: que no hay mayor caridad que dar la vida por nuestros hermanos... Felices las que mueran mártires de la caridad...", y, asistiendo a coláricas en Roquetes, en Maella, etc., murieron tres de las religiosas.

Cuando el Beato Ossó regresaba a Tortosa, visitaba a la Virgen de la Cinta. Queden estas líneas sobre el corazón de él junto al corazón de Ella en sus primeras Fiestas tras la beatificación.

AURELIO QUEROL LOR, pbro.,  
Deán de la S. I. Catedral